

Ednodio Quintero

El amor es más frío que la muerte

Candaya Narrativa 44

ISBN: 978-84-15934-38-7

224 páginas; 21X14cm; 16 €



LA OBRA: *EL AMOR ES MÁS FRÍO QUE LA MUERTE*

En un país asolado por la peste, el protagonista de esta fábula distópica huye del hospital para enfermos terminales donde había sido confinado e inicia una penosa travesía hasta llegar a un páramo yerto, parecido a las gélidas montañas de la luna, que le recuerda el territorio agreste donde transcurrieron los primeros años de su vida. Guiado siempre por un Eros luminoso, tierno, festivo y, en ocasiones, perverso, el narrador emprenderá desde aquel espacio onírico un extraño periplo por los laberintos de su mente y los meandros de su memoria, del que irán surgiendo situaciones que bordean la ensoñación y la locura: su padre participando en la cacería de una joven bruja ninfómana, su madre muerta metamorfoseada en una voraz chica de trece años, o él mismo acariciando, en los sótanos de un antro de Tokio, los senos de una beldad del cómic porno.

En el esplendor de su madurez creativa, el novelista venezolano Ednodio Quintero nos ofrece, en primera persona y con la brillante prosa a la que nos tiene acostumbrados, ciertas experiencias de vida que oscilan entre lo que él ha denominado una obscena exhibición del yo y la ficción más radical: la Parca, jugando al dominó, aparece como personaje en la novela que escribe Pierre-Emilio, alter ego del narrador, y acompaña al escritor, fumando y contando chistes, en sus Nches de insomnio en el hospital. *El amor es más frío que la muerte*

es, en fin, una fascinante y audaz apuesta por la literatura, literatura pura: sueños, secretos, recuerdos, pensamientos.

El escritor venezolano Gregory Zambrano considera que la narrativa de Ednodio “puede definirse como una poética del vértigo, una forma de decir (de escribir) que tiene un ritmo acelerado, una pulsión que sacude de manera frontal todos los sentidos y nos lleva por una serie de pasadizos secretos o, mejor, por un interminable laberinto donde finalmente encontramos un acto de reconciliación con la certeza de la vigilia”.

En la antología de la narrativa venezolana actual *El gesto de narrar*, Julio Miranda define la obra de Ednodio Quintero como una “Narrativa de ecos, de reflejos, de circularidades múltiples. Narrativa de borradores que se van afinando a cada nueva versión. Narrativa de muñecas rusas, unas dentro de otras. Narrativa de crecimiento vegetal, orgánico, recorrida por una misma savia, siempre enriquecida. El encierro, con la polaridad entre el encerrado y su antagonista (su doble o la mujer liberadora); las metamorfosis; el esquema de *western* (duelo y trasfondo de violencia rural); las perversiones, desde un erotismo provocador, de ribetes sacrílegos, hasta el canibalismo; la exploración de la infancia, la mujer mágica...” Temas todos ellos, como el propio Quintero reconoce, “muy contemporáneos y muy clásicos”.

EL AUTOR

Ednodio Quintero es profesor universitario, ensayista, fotógrafo, japonólogo y uno de los narradores más destacados de la literatura venezolana contemporánea. Su obra narrativa ha



obtenido los más importantes galardones que se otorgan en su país.

Nació en 1947, en Las Mesitas (Trujillo), *un lugar agreste de la alta montaña de los Andes venezolanos*. Un paisaje austero y alucinado que se ha convertido en registro y cadencia de su voz personalísima.

Reside en Mérida (Venezuela), a donde llegó en 1965 para estudiar Ingeniería Forestal y en cuya universidad fue, posteriormente y durante muchos años, profesor de Letras y Medios Audiovisuales. En Mérida, Ednodio Quintero ha promovido diferentes proyectos culturales (la revista y editorial Solar, el taller literario TAL, la Bienal Nacional de Literatura "Mariano Picón Salas"...) y ha escrito (con algunos paréntesis en los que vivió en México, España y Japón) casi toda su obra literaria.

A Ednodio Quintero, le gusta moverse por todos los formatos de la narrativa: el relato hiperbreve (algunos de sus minicuentos, como "Tatuaje" o "Álbum de familia" han sido considerados obras maestras del género), el cuento largo, la novela y la noveleta (esos "relatos de treinta o cuarenta páginas que no llegan a ser una novela" pero que tampoco son "cuentos en el sentido de Poe, con un final espectacular"), género por el que confiesa tener especial predilección.

Es autor de los volúmenes de cuentos: *La muerte viaja a caballo* (1974), *Volveré con mis perros* (1975), *El agresor cotidiano* (1978), *La línea de la vida* (1988), *Cabeza de cabra y otros relatos* (1993), *El combate* (1995), *El sur* (1998), *El corazón ajeno* (2000), *Los mejores relatos —visiones de Kachgar* (2006), *Combates* (Candaya, 2009) y *Ceremonias* (Candaya, 2013); de las novelas: *La danza del jaguar* (1991), *La bailarina de Kachgar* (1991), *El rey de las ratas* (1994), *El cielo de Ixtab* (1995), *Lección de física* (2000), *Mariana y los comanches* (Candaya, 2004), *Confesiones de un perro muerto* (2006), *El arquero dormido —cinco novelas en miniatura* (2010) y *El hijo de Gengis Khan* (2013). Ha publicado dos libros de ensayos: *De narrativa y narradores* (1997) y *Visiones de un narrador* (1998), y dos guiones de cine: *Rosa de los vientos* (1975) y *Cubagua* (1987).

Quintero es también autor de dos libros de ensayos: *De narrativa y narradores* (1996) y *Visiones de un narrador* (1997) y dos guiones cinematográficos: *Rosa de los vientos* (1975) y *Cubagua* (1987).

Prestigioso japonólogo, Ednodio Quintero ha escrito dos ensayos biográficos sobre autores japoneses: *Tanizaki, el paradigma* y *Akutagawa, el elegido*, ambos de 2013, y numerosos artículos sobre Abe, Mishima, Murakami, o Kawabata. Ha colaborado en la traducción al español de doce volúmenes de narradores japoneses del siglo XX: Junichiro Tanizaki, Ryunosuke Akutagawa (*El mago*, Candaya, 2012), Kenzaburo Oé, Yasunari Kawabata, Kobo Abe y Osamu Dazai (*La felicidad de la familia*, Candaya, 2017).

Considerado uno de los escritores más importantes de la literatura venezolana actual, Ednodio Quintero ha sido galardonado con los más destacados premios literarios de su país: el primer Premio de Cuentos de *El Nacional*, de Caracas (1975); el Narrativa Breve del ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericana) por *Soledades* (1992); el Narrativa del CONAC (Consejo Nacional de la Cultura) por *La Danza del Jaguar*, en 1992; el "Miguel Otero Silva" de la Editorial Planeta por *El Rey de las Ratas*, en 1994; "Francisco Herrera Luque" de la Editorial Grijalbo-Mondadori (1999) por *El corazón ajeno*, obra recogida en *Combates*. Con su discurso "Me llamo Vila-Matas", Ednodio Quintero fue el orador de orden en el acto de investidura del doctorado *honoris causa* que, en julio de 2009, concedió la Universidad de los Andes al escritor español Enrique Vila-Matas.

DE LA OBRA DE EDNODIO QUINTERO SE HA ESCRITO:

"El método experimental de Quintero: la realidad resulta insólita, no por sus fantásticos portentos, sino por la manera en que es razonada. Su argumentación depende de un rigor severo, pero tiene algo de desfasado, a veces perverso, definitivamente alterno. Las piezas se ensamblan conforme a un plan provocador o aun demencial. Pocos narradores han explorado en forma tan aguda las posibilidades de la inteligencia como síntoma de la enfermedad. Las historias de Ednodio Quintero están hechas de rodeos, planteamientos que vuelven sobre sí mismos hasta llegar al sitio donde sobreviene la revelación. Desde su alta ventana, Ednodio Quintero inventa abismos y remedios para el vértigo." Juan Villoro.

"Quintero hace de la invención y la escritura una necesidad, no importa si alimentada por el vértigo de la memoria o por las novelas de Patricia Highsmith o por los culebrones. Nos ha enseñado todas las cartas de la baraja y hemos sucumbido al encanto de su inteligencia." Juan Antonio Masoliver Ródenas (Culturas. La Vanguardia).

"Los cuentos reunidos del venezolano Ednodio Quintero, creador de un mundo con mitología propia, lo confirman como uno de los autores latinoamericanos más imaginativos" (Carles Geli, *Babelia*).

“Los relatos de Ednodio Quintero podrían dibujar una parábola que uniría la mitología rural de los Andes con el Japón de los samuráis, atravesando en su trayectoria la tradición literaria occidental, desde Kafka y Bierce o Cortázar y Vila-Matas” (Jorge Carrión. ABC Cultural).

“En Ednodio Quintero no importa la trama en sí, importa cada línea de lo contado, la conciencia de trabajar con la escritura.” Carmen Ruiz Barrionuevo (Renacimiento).

“Los caminos que ponen en contacto la realidad y la ficción, el arte y la vida, son los transitados por Ednodio Quintero. Nadie puede esperar que para lograrlo el autor recurra a una forma expresiva convencional; los relatos de Quintero demandan una lectura simbólica plagada de pasajes metafóricos de difícil interpretación. Pero eso es acaso lo más estimulante.” Arturo García Ramos (ABC Cultural).

“Ednodio Quintero nos ha acostumbrado a entender la realidad desde estratos de papeles escritos que se solapan, que entran y salen uno del otro, bifurcándose entre si para el encuentro ulterior, un encuentro, que en sus relatos y novelas se articula y afirma en la mixtificación interior, como un origami cuya concreción ha de comprenderse desde adentro. Los temas del mundo ednodiano vuelven a irrumpir fatalmente: la construcción de una realidad siempre frágil a partir de lo insólito, la venganza liberadora, la mujer única como objeto de deseo y de condena, el no sé qué de lamentable y cruel de todo espíritu y andanza.” Edmundo Bracho (Letras Libres).

“Si se me preguntara qué hay de terrible en la literatura de Ednodio Quintero, yo respondería que lo terrible es la reconversión hiperrealista del acto imaginativo.” Victoria de Stefano (Guaraguao).

“Quintero hechiza con una prosa que muestra y difumina con sapiencia aquello que se dice y se esconde hasta el momento justo, recurso que halla la rendición incondicional de un lector atrapado por un texto lleno de sutiles matices... Una prosa directa y concisa que acaso sin proponérselo trasciende lo explícito para sumergirse en las profundidades del alma humana.” Oscar Carreño (Lateral).

UN FRAGMENTO DE *EL AMOR ES MAS FRÍO QUE LA MUERTE*

Yo venía huyendo de la peste negra que se había ensañado en el aire, las aguas, los pastos, las bestias y la gente de mi país natal. Yo era un paria, un fugitivo, que no sabía qué hacer ni adónde ir. Pero el solo hecho de haberme alejado de aquella pestilencia me hacía sentir poderoso como un sanguinario rey, implacable como un chacal. Lúcido y despierto, llegué a orillas de una laguna que por una extraña razón, atribuible quizá a la fiebre persistente de la cual aún no me había podido librar, me resultaba familiar, y en una roca con forma de ataúd me senté a descansar. Por una arbitraria asociación de ideas recordé que hacía cinco años, cuando el destino me aventó hasta un lugar remoto, allá en las antípodas, una madrugada de abril, ebrio y desolado salí de un mítico antro ubicado en un sótano, el Bar Q, caminé dando tumbos por una amplia avenida surcada por los mensajeros del invierno nuclear, y al amanecer a orillas del río Meguro me senté a llorar. Pero en esta ocasión, cuando tuve conciencia del lugar donde me hallaba, íngrimo y solitario como el único sobreviviente de una horrible conflagración, las lágrimas no acudieron a brindarme ningún consuelo, mis párpados estaban secos como cascarones. Además, pues conviene que se sepa de una vez, no tenía motivo alguno para llorar. Yo era un apátrida, nada tenía que perder.

La travesía rumbo a las escarpadas y agrestes montañas de la Cordillera Occidental se había prolongado por cinco largas y penosas jornadas que pusieron a prueba mi paciencia de santo y mi tenacidad de loco furioso. Y hube de extraer fuerzas de mi flaqueza para soportar el hambre, los rigores del sol de mediodía, la fatiga infinita y la sed. En el trayecto, como si alguien se hubiera propuesto mostrarme el catálogo de todas las miserias e iniquidades con alguna intención vil, fui testigo de eventos y espectáculos que me hicieron sentir vergüenza de pertenecer a la misma especie de aquellos desalmados que se hacían llamar humanos. Me abrí paso entre pandillas de menesterosos, asaltantes de caminos, guardias forestales, chicas vestidas para matar y traficantes de papel toilette —que se tasaba a precio de oro—, y logré pasar desapercibido gracias a la protección de algún bondadoso dios, como si hubiera sido ungido con el don de la invisibilidad. Y del silencio también,

pues tuve la precaución de taponar mis oídos con mierda de perro y coser mis labios con alambres, y el ruido de mis pasos era amortiguado por una cubierta de cocuiza que protegía mis botas desgarradas.

Dormía al raso en el angustiante atardecer, y pasé largas noches en blanco satén aguardando la salida de la luna entre nubes encrespadas color salmón. Y los amaneceres, qué derroche de colores, todos los matices del rojo candela y el azul cobalto, oro, plata, verde malva, bermellón... esos cielos de mi país. Embelesado contemplaba el alba y el ocaso, indistintos como siameses teñidos de sangre.

Y al fin el quinto día, tal vez el séptimo, no puedo confiar en mi memoria inmediata, exhausto y magullado como si me hubieran propinado una soberana paliza, llegué a estos parajes áridos y fríos, extraños e imprecisos a primera vista, tan parecidos a ciertos lugares que he frecuentado en sueños, ubicados sin duda alguna en las desoladas y gélidas montañas de la luna.

A propósito del paisaje: con algo de espejismo engañoso en sus contornos, al observarlo con atención, como suelen hacerlo los cazadores de gacelas cuando otean el horizonte en procura de la presa, voy descubriendo entre sus pliegues verde agua que viran hacia tonalidades más propias de la ceniza, semejantes a esa capa entre gris humo y azul sucio que cubre como un barniz las alas de los murciélagos, voy descubriendo, digo, restos deshilachados de vegetación, musgo aromático, arbustos rastreros e incluso un arbolito de corteza áspera y ramas sarmentosas donde anida una urraca. El conjunto, visto con la mirada de alguien que hace apenas una semana deliraba de fiebre en el hospital de una ciudad devastada por la peste, resulta de una belleza aterradora, semejante a la idea que nos hacemos en algún instante de nuestra infancia del paraíso terrenal. La impresión me deja sin aliento, y me hace dudar no tanto de mi propia cordura, algo que de verdad me tiene sin cuidado, sino de mi condición de ser vivo, pues ¿acaso no son estos parajes de apariencia encantada el escenario donde vagan las almas de los hombres muertos? Qué de extraño tendría entonces que yo hubiera muerto en el hospital o en algún otro lugar, y que mi alma, negando la evidencia, arrastrara consigo un simulacro de cuerpo. El trasunto de alguien que acaba de morir o algo así. Como si el espíritu no quisiera despojarse aún de esa especie de

cofre de huesos, nervios y carne que lo acogió durante tantos años. Una aguda punzada en el costado izquierdo, que me hizo recordar el lanzazo que un soldado romano le clavó a Jesucristo cuando este ya crucificado y sin defensa alguna se debatía de dolor y lo atormentaba la sed, vino a interrumpir mis sombrías elucubraciones, y mi esperanza de haber franqueado la frontera rumbo al más allá se desvaneció como un mal sueño al despertar. También a mí la sed me hacía delirar.

Constatar que aún permanezco con vida es un evento que no me causa asombro ni alegría, ya me he ido resignando a esa miserable condición, Sin embargo, reconocer de un solo golpe aquel sitio hechizado, como un ciego que de repente recupera la visión, me produce de entrada una sensación de pánico, imposible de soportar de no ser porque las variaciones de la luz que se suceden sin ninguna tregua me permiten ir fijando los contornos de los objetos, diferenciándolos entre sí, revelando sus aristas más ocultas, cartografiando, aunque esta expresión pareciera un poco exagerada, la disposición y el arreglo del conjunto en figuras ciertamente familiares. El arbolito donde anida la urraca, por ejemplo, estoy seguro de haber acampado un par de noches bajo su mezquina sombra hará ya más de cuarenta años. Era, recuerdo, nuestro árbol guía, el guardián que custodiaba nuestro sueño en la inmensa y lóbrega soledad nocturna. Recuerdo que, asomado a la pequeña ventana de la tienda de campaña, entretenía mi insomnio contemplando las ramas del arbolito proyectadas contra la inmensa bóveda del cielo, tan parecidas aquellas ramas color carbón mecidas por la ventisca a las manos de alguien que se ahoga mientras bracea inútilmente en las aguas encrespadas de un lago. Alguien podría objetar que ese arbusto no puede ser el mismo de hace cuarenta años, y quizá tenga razón, pero en mi memoria, que al fin y al cabo es la que cuenta, cumple idéntica función. Y aun cuando no se tratara del mismo, algún parentesco tendrá con su antecesor, al menos está ocupando su lugar. Y basta ya.